

A 6061

JOSÉ INGENIEROS

I

Ideales viejos e Ideales nuevos

II

Significación Histórica del Movimiento Maximalista

« Mas naides se crea ofendido
« Pues a ninguno incomodo—
« Y si canto de ese modo
« Por encontrarlo oportuno,
« No es para mal de ninguno,
« Sino para bien de todos ».

Martín Fierro, Parte II, § 33



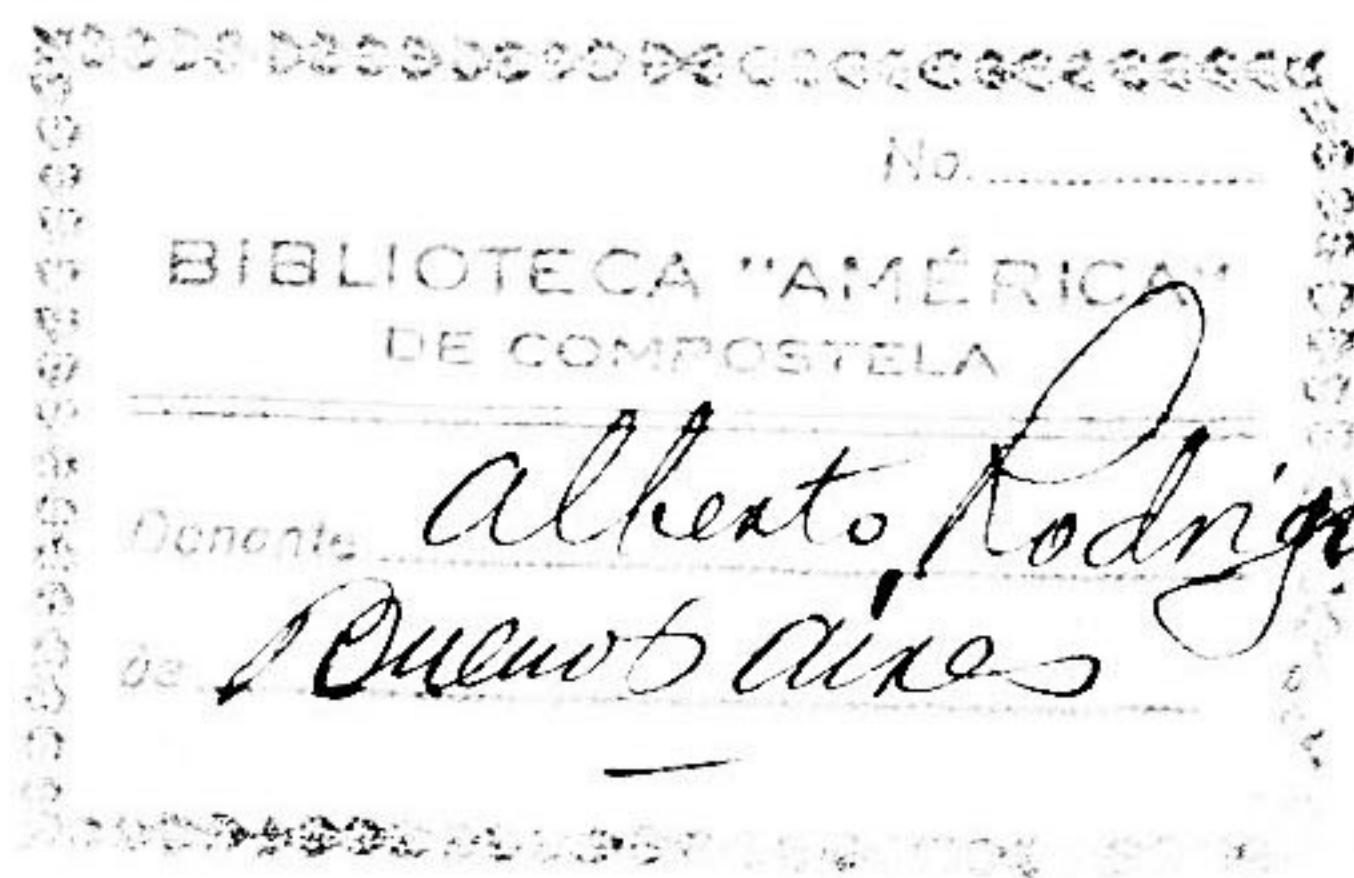
Dos conferencias editadas por la revista "Nosotros"

I

Ideales viejos e Ideales nuevos

II

Significación Histórica del Movimiento Maximalista



A 6061
JOSÉ INGENIEROS

I

Ideales viejos e Ideales nuevos

II

Significación Histórica del Movimiento Maximalista

« Mas naides se crea ofendido
« Pues a ninguno incomodo—
« Y si canto de ese modo
« Por encontrarlo oportuno,
« No es para mal de ninguno,
« Sino para bien de todos ».

Martín Fierro, Parte II, § 33



Dos conferencias editadas por la revista "Nosotros"

I

IDEALES VIEJOS E IDEALES NUEVOS

jas sin sol, despertando a su paso afiebradas pasiones en los protagonistas de su propio poema. En la añosa Wittenberg prusiana, que hoy descansa sus tremendas fatigas junto al Elba, el espectro glorioso de Lutero parece que fuera a clavar por segunda vez en la vieja iglesia sus proposiciones contra el tráfico de las indulgencias o a quemar la bula del pontífice en la puerta del Elster. Siempre, en Córdoba, en la Córdoba esplendorosa de los árabes, he creído imaginar que entre los muros de sus mezquitas seculares palpitan todavía las viejas pasiones fanáticas que hicieron inmolar millares y millares de vidas humanas, mientras Averroes contribuía a renovar la cultura de los teólogos cristianos, sembrando buenas semillas del pensamiento helénico.

Ese mundo feudal, que con tan intensas sugestiones inquieta a la conciencia moderna, tenía ideales que no son ya los nuestros. Algunos, porque eran legítimos, se han realizado parcial o totalmente, en un porvenir que ya es para nosotros el pasado; otros, porque eran absurdos, se han extinguido, o persisten como supersticiones que aletargan el espíritu de los ignorantes.

Aún si prescindimos del valor artístico de sus monumentos y museos, de la belleza intrínseca de sus paisajes, del rico venero de enseñanzas históricas que ellas implican, las viejas ciudades medievales tienen para el viajero inteligente una poesía indefinida, como si el eco de sus pasiones remotas resonara todavía en el corazón de los hombres del siglo veinte.

No es ilusión. Esa resonancia existe. Existe y es legítima. La herencia ha estratificado en nuestro instinto los múltiples residuos de costumbres y creencias que fueron propias de nuestros abuelos lejanos; de tiempo en tiempo reviven, cuando los

hombres se cansan o se distraen, tal como aparecen islotes en la superficie de un río cuando, por circunstancias fortuitas, se produce una bajante extraordinaria.

El hombre estudioso, aunque sensible a esas solitaciones estéticas y afectivas, sabe que ese mundo feudal fué un momento fugaz en la multiseccular historia humana; sabe que ese pasado fué un porvenir para las civilizaciones precedentes; sabe que la belleza, la virtud y la verdad se habían mecido ya en cunas más gloriosas; sabe que otros ideales, incesantemente renovados, habían animado a la humanidad en tiempos más lejanos. Y, mientras no olvida lo que sabe, infiere de ello la necesaria transitoriedad de las *ideas y sentimientos de cada época*, la falacia de todo esfuerzo que intente poner en el pasado los ideales presentes, la certidumbre de que el tiempo irá borrando las supersticiones que todavía sobreviven como bazofia de ideales cuya extinción parece ya indefectible.

II.—LOS IDEALES DE LA SOCIEDAD FEUDAL

El mundo feudal fué, por muchos conceptos, una decadencia. Conocéis la historia de sus orígenes. El admirable florecimiento de las artes y de la filosofía, en Grecia, declinó después de un indeciso relampagueo en la villa imperial de las siete colinas; junto con esa alta cultura, se apagó en los hombres el amor de la vida bella, serena y optimista, cuyos más nobles símbolos humanos fueran Sócrates en Atenas y Séneca en Roma. Ellos, en efecto, expresan mejor que todos el sentido moral del pensamiento grecolatino. Sócrates, acusado de burlarse de los dioses del Olimpo griego, muere admirablemente, asiendo con mano firme la copa de

cicuta, y afronta la hora suprema dando las últimas lecciones a sus discípulos; Séneca, sospechado de conspirar contra la tiranía de Nerón, espera la muerte en la cárcel mamertina con la sonriente resignación de los estoicos, cuya ética no ha sido, hasta hoy, superada por ningún otro sistema de preceptos morales.

La sociedad feudal, guerrera y mística, sobrepuso a los del mundo grecolatino otros ideales, que respondían mejor a sus condiciones de vida y a sus sentimientos.

Formóse, poco a poco, un modo común de juzgar la vida humana y la convivencia social; se miró la primera como una transitoria expiación del hombre sobre la tierra, y la segunda como una subordinación a la voluntad de quienes poseían el poder sobrenatural de gobernar a sus semejantes.

Los monarcas y los teólogos, movidos por un común interés, difundieron en los pueblos, que les obedecían sumisos, ideales derivados de esa concepción del gobierno por derecho divino, excluyendo la posibilidad de examinar los dogmas que lo sustentaban; fué proscrita toda investigación científica o creación artística que significara apartarse de las creencias vulgares propias de la época. Estas últimas, fomentadas por muchos que no creían en ellas, eran un complejo armazón de falsedades, usado como instrumento de dominio por las clases privilegiadas.

Convergían esas viejas creencias a desenvolver en el hombre el sentimiento de la dependencia, disciplinándolo para obedecer a los amos del cielo y de la tierra. La fidelidad del vasallo y la fe del creyente, eran miradas como las dos virtudes máximas: el ideal del hombre consistía en ser un servidor sumiso del monarca o un feligrés asiduo de la parroquia. Obedecer y esperar, era el binomio

de la mentalidad feudal. Sus ideales no tenían por punto de mira la vida terrenal indudable, sino la hipotética vida venidera.

Comparados con los del mundo grecolatino, los *ideales de la sociedad feudal* marcaron un evidente rebajamiento del valor de la vida humana, atenuando en los hombres el afán de perfeccionarse para servir mejor a la sociedad en que vivían, como si la inferioridad en la vida fuese un título de superioridad para después de la muerte.

Así fué el mundo moral de los tiempos coloniales en nuestra América: mucho juramento de fidelidad al rey y mucho fanatismo en las masas híbridas, con la esperanza, no bien cimentada, de que esa sumisión tendría su premio después de la vida, en tanto que de ésta gozaban los representantes de la doble autoridad, divina y humana.

III.—LA VERDAD REVOLUCIONADORA

Nada es eterno, ni del bien ni del mal, siendo obra de los hombres: su renovación es incesante. Por entre la tiniebla medioeval comenzaron a filtrarse en Europa las tradiciones literarias y filosóficas del mundo pagano, despertando en los mejores ingenios el sentimiento augusto de la belleza y el curioso anhelo de la verdad. Frente a los ideales negativos de la sociedad feudal resurgieron los ideales afirmativos del mundo grecolatino, enunciándose, en voz alta, el derecho de embellecer esta vida terrenal y de investigar la verdad sin cortapisas de ninguna especie.

Conocéis la historia del Renacimiento; es el más hermoso triunfo de la *verdad revolucionadora*. Todos los países de la Europa civilizada contribuyen a él con un gran nombre o con un hecho extraordi-

se pretendía que al tener uncidos al yugo a los demás hombres, los privilegiados lo hacían por una delegación de poderes que les hiciera la divinidad.

Este principio del gobierno por derecho divino pareció absurdo a los hombres inspirados por el renacimiento de las ciencias, las letras y las artes; poco a poco, alzando la voz, esas minorías ilustradas que son la fuerza de las revoluciones, advirtieron que las leyes son de origen humano, que los hombres tienen el derecho de participar en la confección de las leyes que deben obedecer, que los pueblos sólo pueden pagar las contribuciones que ellos mismos sancionen por medio de sus representantes.

Se comprendió que era legítimo perseguir el mejoramiento del hombre en esta vida, procurando ensanchar el horizonte de sus libertades civiles y políticas; y poco a poco, las diversas clases sociales que constituían el Estado, fueron afirmando su deseo de participar en el gobierno, limitando, en nombre de los derechos humanos, las funciones omnímodas que los monarcas creían desempeñar por derecho divino. Así nació el movimiento constitucionalista, progresivamente difundido en las naciones más cultas de la Europa.

Dos franceses ilustres, Montesquieu y Voltaire, aprendieron de Inglaterra los nacientes derechos; otro, Condillac, dió novedosa expresión a la filosofía experimental inglesa, continuando las huellas de Bacon y de Locke; al mismo tiempo Rousseau, sembrando nuevas ideas de educación y de política, contribuía a completar el movimiento ideológico de los enciclopedistas, augural de ideales apenas bosquejados hasta entonces.

Poco tardaron en tener un comienzo de realización las aspiraciones engendradas por el libre exa-

men. La parte más selecta de dos grandes naciones, — sus minorías revolucionarias, — consumó los actos memorables de un mismo drama secular, Las Revoluciones Norteamericana y Francesa, cerrando su ciclo con la histórica declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

Al calor de esos *ideales de la sociedad moderna* se incubó la emancipación sudamericana, como una abjuración de las viejas creencias de la sociedad colonial. No era un simple cambio de gobernantes lo que en todas partes, desde Méjico hasta el Plata, se reclamaba: era un cambio de instituciones, una renovación profunda del pasado que diera libre paso al porvenir.

En los momentos de más honda convulsión revolucionaria se cometieron errores, en todas partes. Guardemos, frente a su recuerdo, una actitud de tolerancia y simpatía; es imposible exigir a los pueblos que se ensayan en el uso de la libertad una madurez de juicio, una serenidad de procedimientos que sólo sobreviene después de una larga experiencia.

Aquellos ideales vagamente expresados, por la simbólica fórmula, — Libertad, Igualdad, Fraternidad, — podían tener, y tuvieron ciertamente, su parte ilusoria. Pero de ellos nació la progresiva realización de las dos grandes conquistas del siglo XIX: la soberanía popular en el orden político y la libertad de conciencia en el orden moral.

Así el mundo moderno engendró un nuevo sistema de creencias frente a las del mundo feudal. El pueblo comenzaba a reemplazar las supersticiones medioevales por principios fundados en la vida social misma; la soberanía popular entró a sustituir el derecho divino de la reyecía medioeval; y, en fin, el siervo obediente del antiguo se-

ñor se convertía en señor él mismo, dueño de hacer las leyes que debía obedecer, parte de la sociedad por cuya grandeza trabajaba, ciudadano, en una palabra, igual ante la ley a todos los otros ciudadanos, sin más rango que el mérito, ni más diferencias que las implicadas en las aptitudes naturales, ni más privilegio que la mayor estimación de sus semejantes conforme a la utilidad social de sus acciones.

Comprendéis, señores, cuál ha sido la antítesis sustancial entre los ideales viejos y los ideales nuevos, durante el pasado siglo. Eran dos concepciones morales opuestas, dos distintas filosofías políticas, dos maneras inconciliables de concebir la finalidad de toda acción humana, presente y futura.

V.—CONFLICTO DE IDEALES EN EL SIGLO XIX

No nos engañemos. Los ideales nuevos sólo tuvieron un comienzo de realización; frente a ellos se organizaron muy pronto los intereses creados por la sociedad feudal, dispuestos a defender los viejos dogmas contra el libre examen, y la autoridad de origen divino contra el derecho fundado en la soberanía popular. Tal fué el sentido ético del conflicto de ideales en el siglo XIX.

En Europa se unieron los grandes imperios reaccionarios, Austria, Prusia y Rusia, bajo los auspicios del Papa, para formar la Santa Alianza, con el programa de restaurar todas las instituciones derribadas por la Revolución Francesa, y para ayudar al rey de España en la reconquista de las nuevas repúblicas sudamericanas que proclamaban los principios de esta revolución. Más tarde, en nues-

tra América, las clases privilegiadas de la sociedad colonial se dieron la mano para acabar con los gobiernos progresistas y liberales nacidos del movimiento emancipador; no es necesario que evoquemos las páginas siniestras de la dictadura de Rosas, para comprender lo que significó entre nosotros el triunfo de los ideales viejos contra los ideales nuevos.

Esa dictadura no fué obra de la perversidad del tirano, sino obra de todas las fuerzas conservadoras que detestaban la revolución de Moreno y de Rivadavia; fué el triunfo pasajero de la rutina colonial sobre el pensamiento de Mayo. No duró porque ningún interés humano puede impedir que el porvenir surja del pasado, porque no hay creencias ni instituciones inmutables, porque es una superstición suponer que el mérito de los nietos está en no apartarse de las tonterías de sus abuelos.

Si un ideal es una aspiración legítima hacia un modo de ser más perfecto, es absurdo llamar así a los que expresan modos de pensar y de vivir retardados ya frente al devenir incesante de la humanidad. Los ideales son la antítesis de las supersticiones. Los ideales *no son herencias del pasado*, sino anticipaciones del porvenir; no son fuerzas conservadoras de lo que ya fué, sino *gérmenes fecundos* de lo que será. Superstición es la obediencia a los mandamientos de un amo; ideal es la confianza en sí mismo bajo el contralor de la propia dignidad. Superstición es la mujer ignorante y sierva del hombre; ideal es la mujer ilustrada y compañera del padre de sus hijos. Superstición es el privilegio de castas y la supremacía de la riqueza; ideal es la justicia para todos los hombres, sin más excelencias que las propias de la virtud y del ingenio.

Prescindiendo de su causalidad económica, básica en todo tiempo y momento, la historia de los países civilizados en el siglo XIX, desde la Revolución hasta nuestros días, se presenta como una lucha fatigosa entre las creencias de un mundo que muere y las creencias de un mundo que nace, entre viejos ideales que son ya supersticiones y nuevos ideales que esperan convertirse en realidades humanas.

VI.—ASPECTOS DEL CONFLICTO

Este conflicto entre supersticiones que luchan por perpetuarse e ideales que puján por florecer, se observa en esferas diversas de la actividad contemporánea, revistiendo caracteres propios en el individuo, en la sociedad, en la humanidad, caracteres incesantemente renovados, de los que surge una perpetua brega por embellecer y dignificar la vida humana, dentro de las posibilidades creadas por el acrecentamiento de la experiencia. Señalemos, aunque sea someramente, los tres aspectos del conflicto.

Los ideales individuales que antaño ponían fuera de este mundo todo anhelo de mejoramiento y de posible felicidad, se han humanizado progresivamente, transfiriéndose de la esfera supersticiosa a la esfera social. Junto con los derechos del hombre han crecido los deberes del hombre; y no como deberes abstractos e hipotéticos, dirigidos a hacer méritos para después de la vida, sino como deberes activos y cotidianos, deberes de mejoramiento intelectual, moral y material, deberes que inducen a saber más para equivocarse menos, a ser más virtuosos para merecer la cooperación de nuestros semejantes, a bastarse por el propio esfuerzo para adquirir esa independencia personal que permite

vivir fuera de todo parasitismo. Con esos ideales de confianza en sí mismo y de responsabilidad personal, tan elocuentemente predicados por Emerson, se ha constituido en el siglo XIX la nación más grande de América. También los bosquejó muchas veces un virtuoso pensador argentino, el único que merece, sin reservas, el nombre de moralista: Agustín Alvarez. Su crítica de nuestras costumbres, de la absurda herencia colonial que recibimos, de la política, de la sociedad, muestra en su triste desnudez el carácter nocivo de los ideales viejos; frente a ellos, en sus notas sobre la educación cívica y sobre la creación del mundo moral, puso de relieve todo el valor de los nuevos ideales que harán del hombre un ciudadano virtuoso, firme, digno, capaz de imprimir a nuestra naciente sociabilidad un sello de grandeza moral que pueda enorgullecer a cuantos la componemos.

Los *ideales sociales* han presentado el mismo conflicto, entre las diversas clases. La sociedad feudal vivía en condiciones distintas de las presentes y la división del trabajo permitía que sobre la inmensa multitud de los siervos que trabajaban pudiera holgarse una minoría de privilegiados, al amparo de ideales incompatibles ya con nuestros sentimientos y creencias. Desde hace un siglo el mundo civilizado vive en convulsión por ese conflicto entre el privilegio de castas y la justicia social. Llegaron a nuestra patria sus primeros ecos con las anticipaciones proféticas de Bernardino Rivadavia, cuyas leyes agrarias habrían resuelto en su origen muchos problemas que perturban la vida económica argentina; y al calor de análogos ideales predicó su credo social Esteban Echeverría, cuyos anhelos compartieron los hombres más ilustres de aquella generación que realizó la unidad nacional

y dió bases generosas a nuestro régimen político: Alberdi, Gutiérrez, Vicente Fidel López, Sarmiento, Mitre, Tejedor, y tantos otros héroes civiles de aquella emigración, impuesta por el tirano restaurador a los espíritus más liberales de su tiempo. El conflicto ha arreciado después en la vieja Europa; y todos, gobernantes y gobernados, los unos por temor y los otros por anhelo firme de justicia, se han mostrado favorables a sustituir los viejos *ideales de la sociedad feudal* por los ideales nuevos que orientan el advenimiento de la democracia, cediendo, cada día, una parte de los antiguos privilegios de clase en homenaje a una creciente solidaridad.

Los *ideales humanos*, más amplios en su concepción que los individuales y sociales, han mostrado también el conflicto entre dos concepciones diversas del Estado político y de las relaciones entre los diversos Estados. La voluntad de la nación ha sustituido progresivamente a la gracia sobrenatural como justificativo del principio de autoridad; el absolutismo va camino de extinguirse; la cruz ortodoxa y la media luna mahometana no ampararán, en lo sucesivo, el derecho divino en cuyo nombre se gobernaba a los pueblos de Rusia y de Turquía. El derecho de los pueblos a conservar su nacionalidad independiente, de acuerdo con las características impresas a las razas por la naturaleza en que viven, ha sido afirmado con creciente firmeza en el siglo XIX; el más docto de los estadistas argentinos, Juan Bautista Alberdi, escribió, ha medio siglo, su famoso alegato jurídico “El Crimen de la Guerra”, denunciando la ilegitimidad y la irracionalidad de todos los intentos para resolver por medio de la violencia los conflictos que

alteren las relaciones de derecho entre las nacionalidades contemporáneas.

En todo terreno, como véis, en las aspiraciones del individuo, de la sociedad, de la humanidad, han luchado y luchan dos concepciones antagónicas, ideales viejos e ideales nuevos.

VII.—LA GUERRA EUROPEA

Es indudable que el conflicto ha mostrado grandes alternativas, períodos de avance y de retroceso muy desiguales, que han llenado de temor o de esperanza a los que vegetan *genuflexos ante el pasado* y a los que marchan soñando el porvenir. Y la pavorosa guerra actual, que destruye las energías vivas de la parte más civilizada de la humanidad, señala un momento crítico de la lucha entre un mundo moral que nace y un mundo moral que llega a su ocaso.

He llegado a hablar de *la guerra europea*, acaso contra vuestro deseo. Hay dos guerras, sin embargo; dos guerras simultáneas pero esencialmente distintas. Una es la guerra política y militar, por cuyo resultado me intereso muy poco, pues creo que no triunfarán los gobiernos vencedores en los campos de batalla, sino los pueblos que al fin castigarán a todos los gobiernos, pues todos son culpables de la espantosa tragedia.

Como hablo mientras los ejércitos alemanes parecen victoriosos—en Mayo de 1918—considero un deber de lealtad repetir que mis simpatías en la gran contienda no pueden estar por el kaiser que a toda hora habla en nombre del derecho divino e invoca para sus ejércitos la protección de Dios, como en la Edad Media; mis simpatías acompañan

a ese presidente yanqui que ha intervenido en la guerra en nombre de la democracia y del derecho, no para extender en el mundo el dominio de su pueblo, sino para sembrar en todos los pueblos del mundo los ideales que han cimentado la felicidad del propio. Mis simpatías no pueden estar por el gobierno de Austria, símbolo consagrado de obscurantismo y de espíritu feudal; no pueden estar por el gobierno de Turquía, que por siglos y siglos ha sido la mancha negra de la civilización europea. Ni pueden estar, en fin, por el monarca ficticio que desde el Vaticano teje intensamente su telaraña sutil al servicio de los emperadores por derecho divino, sin haber encontrado todavía la palabra de excomunión definitiva contra todos los que siembran en el mundo la consternación y el exterminio.

Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos. Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa, con la de Kerensky, con la de Lenín, con la de Trosky; con ella, a pesar de sus errores; con ella, aunque sus consecuencias hayan sido por un momento favorables a la causa de los ideales viejos; y creo que la palabra más noble y más leal pronunciada desde el principio de la presente guerra, es la palabra de solidaridad con que el presidente Wilson saludó el triunfo de los revolucionarios rusos, viendo en sus actos una expresión inequívoca de los ideales que han sido la bandera de la humanidad en el siglo XIX y que esperan una realización creciente en el que vivimos.

No es éste, bien lo sé, el punto de vista en que se colocan los que juzgan la guerra en su simple

aspecto político y militar. Para ellos no se trata de vencer al pasado y favorecer el porvenir, en beneficio de todos los pueblos que están en lucha, sin excepción; desearían aplastar a Alemania o a Inglaterra, e imponerle una paz humillante, sin pensar que su principal beneficiario sería uno de los dos imperialismos que están más lejos de los ideales nuevos. Conozco a ambos países; he leído a Bacon y a Kant; me son familiares Shakespeare y Goethe; he cultivado la amistad de sabios ingleses y de sabios alemanes. No tengo motivo alguno para creer que los dos grandes pueblos anglosajones se distingan fundamentalmente por su virtud o por su inteligencia. El estudio de la historia me lleva a creer que ambos tienen *las mismas* aspiraciones con relación al resto de la humanidad: ejercitar su hegemonía sobre el mundo entero, sean cuales fueren los medios convenientes para afirmar su imperio y su dominación. Si el uno aniquilase al otro,—lo que, felizmente, conceptúo imposible,—sus aliados, al llegar la hora del reparto, no dejarían de recordar la clásica fábula de Fedro: tomo la primera parte porque me llamo León; la segunda, porque soy fuerte; y así sucesivamente.

VIII.—NUEVAS FUERZAS MORALES

La otra guerra, la de principios, la de ideales, me parece independiente del resultado a que se llegue en los campos de batalla. Creo que en todas las naciones, en las vencidas antes, pero después también en las vencedoras, asistiremos al advenimiento de los modernos ideales civiles, ya porque los gobiernos concedan a los pueblos todas las libertades y franquicias que éstos han pagado con

su sangre, ya porque los pueblos se decidan a barrer los últimos rastros del imperialismo y del privilegio. A medida que termine la guerra feudal de los gobiernos, comenzará la guerra civilizadora de los pueblos.

Esta guerra me interesa y me apasiona: la guerra de los ideales nuevos contra los ideales viejos, la guerra de la humanidad joven contra la humanidad senil, la guerra de los pueblos sacrificados contra los gobiernos sacrificadores. Y esta guerra creo verla palpitante, febril, dentro de todos los estados que matan millones de sus hijos en los campos de batalla, inmolándolos a las supersticiones de sus gobernantes

Esa convicción, aunque no atenúe nuestro horror ante la espantosa matanza, puede hacernos mirar con interés el desenvolvimiento de *nuevas fuerzas morales* que florecerán con lozanía después de la guerra, más temprano o más tarde, cuando se disipen el terror místico que aflige actualmente a los hombres de ánimo menguado y la exaltación belicosa que padecen los temperamentos menos reflexivos.

La humareda del campo de batalla no puede cegar a los que miran y juzgan los sucesos desde un punto de vista más alto y forzosamente inactual. El heroísmo homicida y destructivo que se acostumbra admirar como una virtud en cada uno de los combatientes, colectivamente juzgado es una vergüenza para la humanidad. ¿Hasta cuándo el instinto atávico de matar hombres será objeto del estímulo religioso, hasta cuándo será loado por los poetas? Madres hay que me escuchan; yo les pregunto: ¿podríais llamar héroes a los que pusieran mayor ensañamiento en matar a vuestros hijos? Esa superstición del heroísmo individual, propia

de otros tiempos, ha perdido gran parte de su valor en esta guerra, donde el éxito sólo puede corresponder a la inteligencia directriz, a la mejor organización, a la capacidad colectiva de ataque o de resistencia; es posible que después del desastre varíe en todos los pueblos la concepción del mérito y del heroísmo individual, admirándose más las actividades creadoras y constructivas, las que mejoran o embellecen la vida.

Creo que, para muchos, es ya objeto de mayor admiración el heroísmo civil que el militar. La mujer engañada que lleva en sus entrañas un hijo, lo alimenta con su savia, lo cría con sus esfuerzos, trabaja para educarlo, se sacrifica para redimirse en él de lo que suele llamarse una culpa, es una heroína cien veces más heroica que el coronel que percibe copiosos salarios durante veinte años de paz hasta que en un día de guerra se arroja entre el fragor del combate para matar o morir. Y más heroico que él es un simple médico de aldea que sabe llevar su consejo y su consuelo a los hogares afligidos, exponiéndose a cada instante, en tiempos de epidemia, a dar su vida por salvar la del prójimo. Y no lo es menos el obrero que durante años y años acepta la esclavitud del taller para ganar el pan de sus hijos, obscuro héroe que no ennoblece su condición cuando le arrancan de la fábrica y le envían a esconderse en una trinchera hasta que le ahoguen con gases asfixiantes. Todo el que tiene un ideal o una misión en la vida, grande o pequeña, es un héroe, si sabe cumplirla con buena voluntad, todos los minutos, todos los días, todos los años.

Es posible que el valor del heroísmo individual se transmute después de esta guerra; es posible que se admire a todo el que siembra un grano,

hace un invento, elabora una idea, y no a los que en una hora de ebriedad o de ceguera se sienten capaces de matar un número mayor de sus semejantes.

IX.—RENOVACIÓN DE IDEALES Y DE VALORES

Son muy grandes, evidentemente, los intereses creados por el antiguo régimen, cuyos tentáculos se filtran en la conciencia popular a través del doble sentimiento nacionalista y religioso. Pero es más grande la necesidad de los tiempos; basta contemplar las reformas jurídicas y sociales que se han efectuado en todos los países durante la guerra, para comprender que las más grandes aspiraciones del siglo XIX han tenido ya un generoso comienzo de realización. El valor de cada ciudadano dentro de su nación se ha centuplicado al exponer durante años su vida en las trincheras; el valor de cada mujer ha crecido desde *que las circunstancias le permitieron reemplazar, sin desventaja, al hombre en la mayoría de las actividades sociales*. En cambio, las diferencias de casta y los privilegios de la fortuna han perdido su significación inicial, borradas ya sus prerrogativas por las nuevas leyes dictadas bajo la presión de la necesidad.

Es visible que, en todos los pueblos, se ha iniciado ya una *renovación de ideales y de valores*, cuyas consecuencias serán más hondas que el triunfo de uno u otro de los bandos en guerra.

¿Cómo desconocer que esos factores determinarán en todas las naciones, vencidas y vencedoras, un saldo favorable para los nuevos ideales, en detrimento de los viejos? ¿Cómo ignorar que las

condiciones de vida consecutivas a la guerra, harán variar de tal manera la experiencia social que surjan nuevas aspiraciones e ideales, no sólo opuestos a los del medioevo, sino más radicales que los expresados en el siglo XIX? ¿Podría concebirse que después de la guerra vuelvan las instituciones, las costumbres, las ideas, al mismo estado en que se encontraban la víspera?

Quien pueda concebirlo, olvida la historia. Quien se atreva a creerlo, carece de la noción de la historia en grande, narrada por siglos, prescindiendo de los menudos accidentes que ocurren cada año y en cada lugar. La gran revolución iniciada hace quinientos años por el Renacimiento, ha tenido ya sus dos primeras crisis, en las revoluciones consecutivas al 1789 y al 1848. La guerra actual marcará la tercera crisis de ese gran proceso que tiende a sustituir una humanidad democrática a la humanidad feudal, la justicia al privilegio, la cultura a la ignorancia, la dignidad a la servidumbre, los ideales a las supersticiones.

X.—LAS NUEVAS ASPIRACIONES.

Creo posible que nuestros hijos miren como cosas corrientes muchos de los ideales que nuestros padres consideraban utopías irrealizables: el nuevo régimen tributario, la desaparición de los privilegios de clase, la limitación de la jornada de trabajo, la capacidad política y civil de la mujer, el seguro social por el estado, los tribunales de arbitraje en materia internacional, la eugenia, la supresión de las burocracias parasitarias, la igualdad de las iglesias ante el estado, la educación integral, etc., etc.

Todo esto, y mucho más, vendrá; está en camino; ha venido ya en gran parte, por obra de la guerra misma.

Ciegos, los que no lo ven. Paralíticos, los que no se preparan a adaptarse a ese nuevo régimen que irá surgiendo naturalmente de los sucesos. Y para no ser ciegos ni paralíticos en un mundo que será movido por nuevos ideales, no conocemos, hasta ahora, sino una profilaxia segura: la educación, el ideal de Sarmiento, tal como él lo concibió y lo practicó durante toda su vida, por vocación y por principio, una *educación para el porvenir*, libre de las mentiras del pasado. Y no se equivocaba al mirar la cultura como el instrumento más grande de dignificación en el individuo, de solidaridad en la nación, de simpatía en la humanidad.

Sarmiento... Sarmiento... Sea él nuestro abanderado en la marcha hacia los nuevos ideales de esta gran hora humana. Sarmiento, que inició su vida pública enseñando a leer a los mocetones analfabetos de Cuyo; Sarmiento, que, emigrado en Chile, fundó la primera escuela normal de maestros en la América del Sud; Sarmiento, que en su viaje por Europa miró con ojo de águila todos los progresos pedagógicos que podían trasladarse a su patria; Sarmiento, que en Estados Unidos tuvo por más alta, entre todas sus amistades ilustres, la del educacionista Horacio Mann; Sarmiento, que presidente de la república, bregó por abrir en cada encrucijada de nuestras pampas una escuela y una biblioteca; Sarmiento, en fin, que a los ochenta años de edad, cuando el espíritu reaccionario conspiraba contra la nueva educación argentina, no vaciló en asumir las más altas responsabilidades, aceptando el cargo de dirigir la instrucción primaria, mirando ese puesto como un as-

censo, después de haber sido presidente de la nación. Y tenía razón Sarmiento; era un ascenso. Yo tengo más confianza en los maestros de escuela que en los hombres políticos...

Perteneceemos a una nueva raza que ha sabido llenar de mieses ópimas y de haciendas magníficas las llanuras desiertas de esta parte del mundo; hemos conseguido los laureles que nacen del trabajo, primera virtud de los pueblos nuevos. Pero no olvidemos la segunda virtud, la cultura, que da a los pueblos otras glorias más nobles, las del intelecto; ella permite saber para prever, ayuda a distinguir los ideales vivos de las supersticiones muertas, enseña a no confundir con auroras los crepúsculos.

XI.—NUESTROS HIJOS

No temamos que la formación de nuevas creencias deje desamparados ciertos sentimientos satisfechos por las viejas. La vida moral se acrecienta y se embellece cuando aumenta la cultura humana. El mismo deseo de no morir, la ansiedad del más allá, encuentra fuentes de renovación en sentimientos legítimos que todos, los que sois padres o madres, los que tenéis hijos, comprenderéis mejor de lo que yo podría explicarlos.

El deseo de mejorarnos incesantemente, de aumentar la suma de bondad en el mundo, de sacrificarnos por el triunfo de los ideales que creemos legítimos, de anteponer los intereses del porvenir a los del pasado, ese deseo, ese anhelo, esa esperanza, necesitan un estímulo o una recompensa moral que satisfaga la eterna pregunta: ¿para qué?...

¿Para qué?...

No lo dudéis: tenemos un más allá, anhelamos una inmortalidad. Para ellos vivimos y trabajamos, para un más allá que no es quimérico, para una inmortalidad que no es ilusoria. Ellos existen, vivos, rosados, sonrientes, crecen a nuestro lado, nos continuarán en el tiempo y en el espacio después de nuestra muerte individual: lo creemos firmemente, todos los que somos padres y trabajamos para ellos, todas las que sois madres y habéis mecido sus cunas.

Miremos con simpatía los ideales nuevos que aspiran a un porvenir mejor, para que en él vivan las generaciones venideras, *nuestros hijos*, que son nuestro indudable más allá, la expresión más segura de nuestra inmortalidad.

Mayo 8 de 1918.

II

**SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA
DEL
MOVIMIENTO MAXIMALISTA**

I.—LO QUE NADIE IGNORABA

Desde hace medio siglo oíanse en el mundo grandes voces augurales de una palingenesia social que aspiraba a elevar entre los hombres el nivel de la Justicia. Los principios sembrados por la Revolución Francesa germinaban con lozanía y sus resonancias eran cada vez más gratas a los espíritus libres; en cien formas distintas, en los talleres y en las cátedras, en los parlamentos y en las barricadas, signos inequívocos anunciaban la formación de una nueva conciencia moral en la humanidad.

El horizonte reverberaba luces rojizas, parpadeantes de tiempo en tiempo; parecían preliminares de aurora a los idealistas que acariciaban un ensueño y a los oprimidos en quienes hervía una esperanza.

Frente a ellos, estrechaba sus filas la legión del miedo. Los viejos rutinarios y los jóvenes domesticados confiaban en que un riguroso militarismo sería dique eficaz a la ascendente marea de la democracia y esperaban que una fervorosa regresión al misticismo envenenaría en sus fuentes la ideología emancipadora.

Los servidores de los intereses creados creyeron ver en el Militarismo un baluarte contra los derechos nuevos y en la Superstición el antídoto de los nacientes ideales. Y cada vez que el murmullo de la democracia se tornaba clamor, para defender una libertad o exigir una justicia, sus enemigos

acentuaban su adhesión a la espada y a la cruz, como si ellas fueran los talismanes con que el Derecho Divino podría conjurar el advenimiento de la Soberanía Popular.

Los gobiernos más fuertes conspiraban contra la paz, minados por sus respectivas castas militares. En vano, durante cuatro décadas, los hombres de estudio daban el alerta a los gobernantes, asegurando que el gran resultado histórico de una guerra europea sería una crisis del proceso revolucionario cuyos síntomas eran visibles. Había comenzado ya una transformación de las instituciones políticas, de las relaciones económicas, de los ideales éticos, cuyo sentido era imposible ignorar. No podían precisarse su programa y sus métodos para cuando llegase la hora crítica; pero se consideraba evidente que, en su conjunto, haría efectivas las más radicales aspiraciones de "las izquierdas", variamente formuladas en cada país.

Nadie dudaba de ello tres días antes de comenzar el drama histórico cuyo primer acto ha terminado con el fusilamiento del Czar y con la abdicación del Kaiser, los hombres más representativos del absolutismo feudal. Pero esa convicción—no lo ocultemos—fué olvidada tres días después de encenderse la guerra. La humareda de los combates cegó a casi todos, a los sabios lo mismo que a los ignorantes; los instintos del hombre primitivo apagaron toda luz de la razón. Pocos recordaron lo que hasta la víspera había sido su espanto o su esperanza: la revolución inevitable, espanto para los que tenían privilegios que perder, esperanza para los que tenían derechos que reivindicar.

II.—LA TESIS OLVIDADA

Pocos, muy pocos en el mundo, pudieron sustraerse a la ebriedad general y osaron repetir su creencia, no turbada por las circunstancias. Algunas semanas después de comenzar la tragedia, mientras los ejércitos teutónicos arrasaban el suelo de Bélgica y corrían sobre París, publicamos en la más difundida de nuestras revistas un artículo, *El suicidio de los bárbaros*, que otras cien reprodujeron; cuatro años después necesitamos repetir sus textuales palabras, pues son la premisa necesaria para juzgar serenamente la significación histórica del movimiento maximalista:

“La civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa, se prepara a suicidarse. Este fragor de batallas parece un tañido secular de campana funeraria. Un pasado, pletórico de violencia y de superstición, entra ya en convulsiones agónicas. Tuvo sus glorias; las admiramos. Tuvo sus héroes; quedan en la historia. Tuvo sus ideales; se cumplieron.

“Esta crisis marca el principio de otra era humana. Dos grandes orientaciones pugnaron desde el Renacimiento. Durante cuatro siglos el alma feudal, sobreviviente en la Europa política, siguió levantando ejércitos y carcomiendo naciones, perpetuando la tiranía de los violentos...

“Ahora el destino inicia la revancha venidera de la Justicia sobre el Privilegio. La vieja Europa feudal ha decidido morir como todos los desesperados: por el suicidio.

“La actual hecatombe del pasado es un puente hacia el porvenir. Conviene que el estrago sea ab-

soluto para que el suicidio no resulte una tentativa frustrada. Es necesario que la civilización feudal muera del todo, exterminada irreparablemente. ¡Qué nunca vuelvan a matarse los hijos con las armas pagadas con el sudor de sus padres!

“Una nueva moral entrará a regir los destinos del mundo. Sean cuales fueren las naciones vencedoras, la barbarie militarista quedará aniquilada. Hasta hoy fué la Violencia el cartabón de las hegemonías políticas; sobre la carroña del feudalismo suicida se impondrá otra moral y los valores éticos se medirán por su Justicia. En las horas de total descalabro ésta sola sobrevive, siempre inmortal...”

“Aniquiladas las huestes bárbaras en esta conflagración abismática, dos fuerzas aparecen como núcleos de la civilización futura y con ellas se forjarán las naciones de mañana: el Trabajo y la Cultura. Cada nación será la solidaridad colectiva de todos los que piensan y trabajan bajo un mismo cielo, movidos por intereses e ideales comunes...”

.

“¡Hombres jóvenes y raza nueva!: Salud al suicidio del mundo feudal, con votos fervientes para que sea definitiva la catástrofe...”

“Frente a los escombros del pasado suicida levantaremos ideales nuevos que nos habiliten para luchas futuras, propicias a toda fecunda emulación creadora...” (1)

No recordamos estas palabras porque ellas sean proféticas ni originales. Reflejan la creencia más difundida durante medio siglo, la que ningún hombre de pensamiento debió olvidar ni callar: la guerra marcaba el crepúsculo de un régimen y des-

(1) *Caras y Caretas*, año 1914, núm. 835.

pués de ella amanecería para la humanidad un nuevo orden social...

Siguieron las batallas un mes y otro mes, un año y otro año. Las gentes más pacifistas perdían la cabeza, tomaban partido por uno u otro bando contendiente, mirando la victoria militar como la finalidad histórica de la guerra. Momento hubo en que el corazón estuvo a punto de imponernos sus razones: cuando nos indignó la inmolación de Bélgica, cuando nos conmovió la firmeza de Francia.

La cuestión era otra, sin embargo, hasta ese momento. Los ases de la guerra eran las dos naciones imperialistas: Alemania e Inglaterra, apoyadas por los cómplices más vergonzosos, el Austria de los Habsburgos y la Rusia de los Romanoff. Si Francia no hubiera estado en lucha, ninguna conciencia democrática habría vacilado un minuto en desear el inmediato exterminio de los cuatro imperios combatientes, sin distinción. Se equivalían, uno a uno: Alemania a Inglaterra, Austria a Rusia.

III.—SIGNIFICACIÓN MORAL DE LA GUERRA

La opinión pública del mundo entero comenzó a ser corrompida por las potencias imperialistas; no hubo gran ciudad que no sintiera la epidemia del espionaje y la infección de los gacetines mercenarios, a tiempo que Alemania parecía triunfar en tierra e Inglaterra comenzaba a dominar los mares.

La guerra, hasta ese momento, carecía de ideales. Era guerra en su sencillez materialista, guerra entre imperios, guerra entre castas, guerra de comerciantes, guerra para vencer y para dominar...

De pronto, a principios de 1917, algunos sucesos fundamentales dieron una bandera ideológica a las naciones aliadas y la guerra adquirió un sentido

moral. La revolución rusa libró a Francia de la deshonrosa complicidad de una siniestra autocracia; el presidente Wilson tomó partido en la contienda formulando un loable programa de principios democráticos, dentro de los cuales podía ampararse el régimen socialista de Kerensky; todas las naciones aliadas dieron participación en el gobierno a representantes de las más radicales izquierdas democráticas.

Fué un momento decisivo. Incidencias harto notorias plantearon para los sudamericanos el problema de adherir a la causa aliada o de mantener la neutralidad. Un escritor justamente admirado —cuyo nombre no deseo complicar en esta conferencia— publicó su artículo decisivo: *Neutralidad imposible*. Sus razones nos parecieron excelentes y no vacilamos en adherir a su actitud, en palabras que no se apartaban de nuestra primitiva convicción:

“Enemigos como él del despotismo y del dogmatismo, en todas sus formas, amamos como él la Justicia y la Democracia: las vemos en el nuevo Derecho político y social afirmado por las Revoluciones Norteamericana y Francesa, las vemos en los gobiernos que en las últimas décadas han regido los destinos de la Francia, las vemos representadas en los ministerios de Bélgica e Italia, las vemos realizando la Revolución social en Rusia, y las vemos consagradas en la declaración del presidente de los Estados Unidos.

.

“Al reiterar, sin reservas, nuestra adhesión a los ideales de filosofía política y social que en esta hora reivindicán los aliados de Francia, reafirmamos nuestra habitual reprobación a todas las violencias que tienen por condición el absolutismo de los gobiernos, y por instrumentos la insanía militarista

y el misticismo supersticioso. No creeríamos totalmente estériles los pavorosos horrores de esta guerra — ya que no hay parto sin sangre y sin dolor — si después de ella los pueblos civilizados se vieran libres de todas las instituciones feudales que radican en el *Derecho Divino*, reiteradamente invocado por los monarcas de los imperios centrales, — y se encaminasen hacia una práctica leal de instituciones cimentadas en la *Soberanía Popular*, conforme al pensamiento más difundido entre las naciones aliadas''. (1)

Principios bien definidos determinaron nuestra simpatía por los aliados; basta reflexionar sobre ellos para comprender que no podíamos mezclarnos en actos públicos realizados por personas que demostraban análogas simpatías, pero las fundaban en principios absolutamente distintos.

Ello pudo advertirse con motivo de la memorable revolución que en Rusia puso fin al gobierno despótico de los czares. Desde ese momento hubo dos clases de aliados en el mundo. Algunos, que anhelábamos el triunfo de la democracia y de la libertad, celebramos jubilosamente la emancipación de cien millones de hombres del más tiránico feudalismo de los tiempos modernos, viendo en ello un primer paso hacia la victoria final de nuestra causa; otros, que sólo anhelaban el triunfo militar de los gobiernos, comenzaron a denigrar a los revolucionarios, no vacilando en calumniarlos como serviles instrumentos del imperialismo alemán. Algunos fanáticos hubo que osaron llamarlos traidores y vendidos... ¿Nada significaba para ellos que la bandera roja flameara en las antiguas residencias de los déspotas?... ¿No com-

(1) REVISTA DE FILOSOFÍA, mayo de 1917, pág. 474.

prendían que el pueblo, en uso de su soberanía, acababa de aniquilar a uno de los más conspicuos representantes del derecho divino?... Perdonemos a los necios difamadores, solamente culpables de ignorancia; perdonémoslos, hoy que los sucesos permiten hacer justicia a la revolución, aunque la miserable calumnia sigue envenenando los cables militarizados. Los que hemos seguido con ecuanimidad el proceso revolucionario ruso, sentimos desde el primer día consolidarse las creencias adquiridas por el estudio: con el fin de la guerra las naciones civilizadas entrarían al previsto período crítico de la revolución social.

IV.—LA REVOLUCIÓN RUSA

Fuerza es reconocer que el primer gobierno de la Rusia libre se caracterizó por cierta ineptitud revolucionaria. Pretendía seguir recibiendo el apoyo de gobiernos aliados que no tenían su mismo concepto doctrinario de la finalidad del conflicto; el presidente Wilson, dicho sea en su honor, fué el único que se solidarizó con ellos, afirmando que, más allá de sus fines militares, la guerra debía tener generosas proyecciones democráticas.

En Rusia toda era inseguro. El grupo militarista, que había engañado al mismo czar y contribuido a encender la mecha de la guerra, conservaba su libertad de acción y manejaba millones; su influjo era suficiente para intentar la restauración del régimen caído y buscaba descaradamente la complicidad de los gobiernos aliados para ahogar en su cuna a la democracia naciente.

Kerensky empezó a comprometer la revolución con sus vacilaciones; olvidó que en ciertos momen-

tos críticos todo el que contemporiza sirve a la causa de sus enemigos y no a la propia; temió usar los medios enérgicos que las circunstancias imponían, asumiendo con entereza las responsabilidades de la gran hora histórica. ¿Está derribado el despotismo mientras viven los déspotas y sus parciales conspiran para restaurarlos?

No condenamos por ello a Kerensky; fué útil para la revolución en el primer momento, pero habría sido funesta su permanencia en el gobierno. No olvidamos que análogas vacilaciones había mostrado con su dinastía la Revolución Francesa; y entonces, como ahora, fué necesario que ella se desligase de sus elementos indecisos, para que el antiguo régimen fuese mortalmente herido en la persona de sus simbólicos representantes.

El vuelco decisivo ocurrió en Rusia a principios de 1918. La fracción radical de los partidos revolucionarios comprendió que era peligroso seguir caminos oblicuos; desalojó del gobierno al partido que ya estorbaba, sacrificó la vana ilusión de combatir contra los ejércitos teutónicos y se contrajo a reorganizar democráticamente los diversos pueblos avasallados por el czarismo.

Wilson y Kerensky habían dado a la democracia un programa “minimalista”, más parecido a una concesión que a un reclamo; Lenín y Trosky creyeron que la oportunidad imponía formular sus aspiraciones máximas, lo que hizo dar al movimiento el nombre de “maximalismo”.

La actitud que asumieron frente a él los gobiernos beligerantes, fué lógica. Los aliados se inclinaron a mirarlo como una lisa y llana defección militar; los germanos, militarmente beneficiados por el suceso, lo vieron con discutible agrado, sospechando que el espíritu re-

volucionario podría contagiarse a sus propios pueblos.

Desde ese momento, día a día, las agencias telegráficas comenzaron a injuriar la revolución que había destruído el despotismo de los zares y buscaba dificultosamente un nuevo estado de equilibrio, no muy fácil de encontrar en pocos días, después de tan brusca sacudida. El cable se hincha a cada hora con noticias terroríficas que los gobiernos interesados difundían por el mundo, presentando a los maximalistas como una banda de malvados e insensatos.

Se habló del terror. ¿Qué terror? ¿El de los czares, que habían asesinado en las cárceles y en Siberia millones de ciudadanos que amaban la libertad, o el de los maximalistas que fusilaron unos cuantos centenares de domésticos que conspiraban para volverlos a la esclavitud?

Hemos tenido en nuestras manos periódicos rusos opositores al movimiento maximalista, pues son esos los únicos que deja circular la censura aliada; sólo nos sorprende en ellos la libertad con que lo critican, realmente inexplicable si reinara el terror que mienten los cables. Hay una verdad que es necesario afirmar, porque callarla equivaldría a mentir: comparando la revolución rusa con sus congéneres, ella se caracteriza hasta ahora por la dulzura de sus procedimientos, casi angelicales frente a los de la gloriosa Revolución Francesa, cuyos beneficios disfrutamos sin recordar la mucha sangre que costó.

No pretendemos sugerir que la crisis maximalista se efectuó con pelucas empolvadas, como una tertulia de cortesanos; sería, indudablemente, exagerado. Pero, sí, sorprende que sus únicas víc-

timas, según los diarios rusos que ponen el grito en el cielo, hayan sido una familia de autócratas, diez o veinte obispos, cuatro docenas de jefes militares y varios cientos de burócratas, espías y cosacos, en cifras apenas apreciables en un imperio de tantos millones de habitantes. Son más víctimas, sin duda, que las de esa incruenta revolución estudiantil que acaba de triunfar en Córdoba; pero convengamos en que no es lo mismo desalojar a una docena de sabios solemnes que demoler una siniestra tiranía secular...

V.— WILSONISMO Y MAXIMALISMO

Las pocas noticias que tuvimos del movimiento maximalista nos indujeron a poner en cuarentena las tonterías alarmistas de los cablegramas. Y en la primera oportunidad que tuvimos de hablar en público — el 8 de Mayo de 1918 — no vacilamos en decir que la revolución maximalista era una de las diversas formas que tomaría el programa democrático con que Wilson había ennoblecido la causa de los aliados.

Refiriéndonos a la lucha secular entre *ideales viejos e ideales nuevos*, llegamos a hablar de la guerra que señalaba “un momento crítico de la lucha entre un mundo moral que nace y un mundo moral que llega a su ocaso”...

“Considero un deber de lealtad—dijimos entonces—repetir que mis simpatías en la gran contienda no pueden estar por el kaiser que a toda hora habla en nombre del derecho divino e invoca para sus ejércitos la protección de Dios, como en la Edad Media; mis simpatías acompañan a ese presidente

yanqui que ha intervenido en la guerra en nombre de la democracia y del derecho, no para extender en el mundo el dominio de su pueblo, sino para sembrar en todos los pueblos del mundo los ideales que han cimentado la felicidad del propio. Mis simpatías no pueden estar por el gobierno de Austria, símbolo consagrado de obscurantismo y de espíritu feudal; no pueden estar por el gobierno de Turquía, que por siglos y siglos ha sido la mancha negra de la civilización europea. Ni pueden estar, en fin, por el monarca ficticio que desde el Vaticano teje incesantemente su telaraña sutil al servicio de los emperadores por derecho divino, sin haber encontrado todavía la palabra de excomunión definitiva contra todos los que siembran en el mundo la consternación y el exterminio.

“Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos. Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa, con la de Kerensky, con la de Lenine, con la de Trosky; con ellos, a pesar de sus errores; con ellos, aunque sus consecuencias hayan sido por un momento favorables a la causa de los ideales viejos; y creo que la palabra más noble y más leal pronunciada desde el principio de la presente guerra, es la palabra de solidaridad con que el presidente Wilson saludó el triunfo de los revolucionarios rusos, viendo en sus actos una expresión inequívoca de los ideales que han sido la bandera de la humanidad en el siglo XIX y que esperan una realización creciente en el que vivimos”. (1).

(1) “Ideales viejos e Ideales nuevos”, publicado en la revista *Nosotros*, mayo de 1918, págs. 16 y siguientes.

Creíamos, y lo dijimos, que ese no era el punto de vista de los que miraban la guerra como un escueto problema político o militar; dijimos que ellos no pensaban en vencer el pasado y favorecer el porvenir; dijimos que la otra guerra, la de principios, la de ideales, sería independiente del resultado a que se llegara en los campos de batalla; dijimos que en todas las naciones, en las vencidas antes, pero después también en las vencedoras, asistiríamos al florecimiento de nuevos ideales democráticos; dijimos que o los gobiernos concedían a los pueblos todas las libertades y franquicias que éstos habían pagado con su sangre, o los pueblos se decidirían a barrer los últimos rastros del imperialismo y del privilegio; creíamos, en fin, y también lo dijimos, que al terminar la guerra feudal de los gobiernos, comenzaría la guerra civilizadora de los pueblos!

Pronunciamos esas palabras en los momentos en que parecía más formidable la capacidad ofensiva de los ejércitos alemanes: pero, ganaran o perdieran, lo que vendría después sería lo mismo en todas partes, “primero en las naciones vencidas, después también en las vencedoras”.

Era lógico pensar así y los hechos parecen justificar esa opinión. Nos constaba que una de las grandes tareas de los revolucionarios rusos había sido provocar movimientos análogos en toda Europa; aunque los imperios centrales lo ocultaban, tenía noticia de agitaciones graves en Alemania, Austria, Polonia y Hungría; aunque lo callara el cable aliado, sabíase que hechos semejantes habían ocurrido en Francia, en Inglaterra y en Italia. Y no se ignoraba, en fin, que el movimiento florecía en países neutrales, como Holanda, Suecia y Dinamarca, y que en Suiza había tenido lugar

en las calles de Zurich una verdadera batalla de artillería, con centenares de muertos y heridos, entre el soviet maximalista y las tropas federales...

No se trataba, pues, de meras hipótesis, sino de informaciones exactas en su conjunto, aunque no pudieran precisarse sus detalles.

Mientras tanto, del 5 al 10 de Julio de 1918, se reunía en Moscú el V congreso panruso de los soviets y daba a los pueblos emancipados un Estatuto Constitucional; toda persona culta que lo haya leído reconoce que él, con toda su acidez de fruto primerizo, abre un capítulo en la filosofía del derecho político; imprime caracteres nuevos al sistema republicano federal y pone directamente en manos del pueblo la soberanía del estado; nacionaliza los feudos territoriales y las grandes fuentes de la producción; suprime la división de la sociedad en clases y convierte en productoras a las ociosas; y fuera de eso, para sintetizar, consagra casi todas las reformas que desde hace medio siglo constituían la aspiración de los partidos radicales y socialistas.

Este régimen dura desde hace un año y la prensa rusa opositora no le hace críticas más graves que las usuales contra cualquiera de los gobiernos precedentes. En cuanto a la Constitución, debemos mirarla como un primer tanteo inseguro hacia el porvenir, experimento que no es lícito juzgar en conjunto sin tomar en cuenta las condiciones particulares del medio social a que está destinada.

VI.—LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Estaba en ese punto el proceso revolucionario ruso cuando se produjo el derrumbamiento de la

autocracia alemana, convenciendo a su pueblo que las relaciones entre el Kaiser y Dios eran una de tantas farsas con que los pícaros engañan a los tontos. La victoria de los aliados provocó en Alemania y en Austria la esperada revolución; hace tres semanas que la bandera roja flamea en los castillos imperiales y el poder ha pasado a manos de los partidos revolucionarios.

¿Qué eco han tenido esos acontecimientos en los demás países europeos? Guiándonos por una información parcial, la única que hasta hoy tenemos, es visible que en el primer momento de la crisis los gobiernos aliados exageraron el carácter maximalista de los sucesos, mirándolos como una consagración de su victoria militar. Pero muy pronto las informaciones se tornaron tranquilizadoras y quieren dar la impresión de que el cambio de régimen se ha operado sin los caracteres explícitos de una verdadera revolución social.

Es verosímil que el pueblo alemán, más disciplinado que el ruso, haya sido capaz de ejecutar hasta ahora su revolución con cierto orden; pero no debemos excluir que los gobernantes vencidos pueden consentirla como una farsa necesaria para eludir el cumplimiento de algunas condiciones reclamadas por los vencedores. Nos inclina a desconfiar de los revolucionarios alemanes la inesperada simpatía que manifiestan por el maximalismo algunos impúdicos germanófilos, que hasta hace un mes adoraban al Kaiser y hoy sonríen de felicidad bajo el gorro frigio...

No nos equivoquemos. La crisis revolucionaria alemana está en su primer período, como la rusa en tiempos de Kerensky; es creíble que pronto serán desalojados del poder los sospechosos y vendrán hombres que por sus principios probados constituyan una garantía de lealtad para propios y

extraños. Cuando ello ocurra no es difícil que la agitación maximalista, definida ya en Suiza, Holanda, Suecia y Dinamarca, se pronuncie abiertamente en Francia, Italia, Bélgica, Polonia e Inglaterra, si es que ya no ha comenzado en los pueblos y la calla el cable que manejan los gobiernos.

Creo, firmemente, que la paz definitiva no será firmada por los actuales gobernantes; dentro de pocas semanas o de pocos meses, casi todos los gobiernos europeos habrán pasado a otras manos, libres para preparar una paz cimentada en aspiraciones distintas de las que mareaban a los mangoneadores de la guerra. Aquélla paz de Estocolmo que fué obstaculizada por la vanidad de los gobiernos, será, probablemente, impuesta al mundo por la cordura de los pueblos.

VII. — LAS ASPIRACIONES MAXIMALISTAS

Sin mucho don profético puede preverse que ahora vendrá lo que desde antes de la guerra se miraba como su consecuencia: una transformación profunda de las instituciones en todos los países europeos y en los que viven en relación con ellos. Eso, solamente eso, merece el nombre de Revolución Social—con mayúsculas—y no los pasajeros desórdenes y violencias que la acompañarán.

El resultado final será un bien para la humanidad, como el de la precedente Revolución Francesa; pero muchos de sus episodios serán, sin duda, desagradables en el momento de ocurrir. Las revoluciones se parecen en esto a ciertas medicinas, al aceite de castor pongamos por caso; en el acto de tomarlo produce disgusto o náuseas, pero después obra bienes muy grandes sobre el organismo, depurándolo de sus residuos inútiles o nocivos.

El momento histórico actual es de los que se producen una vez en cada siglo, determinando una actitud general favorable a toda iniciativa renovadora; *el maximalismo es la aspiración a realizar el máximo de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares*. No puede concretarse en una fórmula única, siendo una actitud más bien que un programa. ¿No es legítimo pensar que las naciones civilizadas querrán ensayar las innovaciones discutidas desde hace medio siglo? ¿Muchas de ellas no se han ensayado ya en estos años de guerra, sin que nadie piense volver atrás? ¿Qué mejor oportunidad para efectuar tan generoso experimento? Lejos de inspirarnos el menor recelo, el maximalismo debe mirarse como un desarrollo integral del minimalismo democrático enunciado por Wilson.

Conocemos la objeción de los espíritus tímidos; hace varios meses que la escuchamos. Dicen que el maximalismo se propone simplemente matar y saquear a todos los que tienen algo, en beneficio de los que no tienen nada, como ciertos conservadores españoles que todavía llaman a la república *la repartidora* y a sus partidarios *la canalla*, sin sospechar que recibirán sus beneficios mucho antes de lo que creen...

No caeremos en la paradoja de afirmar que la revolución social a que asistimos tiene por objeto favorecer a los ricos contra los pobres... Creemos, en cambio, que las aspiraciones maximalistas serán muy distintas en cada país, tanto en sus métodos como en sus fines. Nos parece natural, por ejemplo, que se nacionalicen los inmensos latifundios de Rusia, pero creemos que ese problema no se planteará en Suiza o en Bélgica, donde la propiedad agraria está ya muy subdividida en manos de los mismos que la trabajan. Concebimos la nacionaliza-

ción de las industrias que emplean millares de obreros, pero no la de pequeñas industrias individuales o domésticas. Nos explicamos la libertad de las iglesias dentro de los estados cuando por su organización ellas no constituyan un peligro social, pero creemos probable en otros casos la nacionalización de todas las iglesias y su contralor uniforme por el Estado. Encontramos posible que en pueblos muy civilizados los municipios sean la célula fundamental de federaciones libres, pero en villorrios atrasados y rutinarios el cambio de régimen sólo podrá ser establecido bajo el legítimo influjo de los más adelantados y progresistas.

Esos ejemplos, harto fáciles de comprender, nos permiten fijar este concepto general: las aspiraciones maximalistas serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuentes de producción, a su nivel de cultura y aún a la particular psicología de sus habitantes.

No habrá un maximalismo uniforme y universal, sino tantos programas maximalistas cuantos son los núcleos sociológicos que reciban el benéfico influjo de la presente revolución social.

VIII.—EXPANSIÓN EN AMÉRICA

¿Qué interés tienen estas reflexiones para los habitantes de América? Si aquí no ha habido guerra — se dirá — no hay razón para desear o temer que nos alcance la revolución social que es su consecuencia.

Quien tal dice ignora la historia, carece de conciencia histórica, olvida que todos los movimientos políticos y sociales europeos han repercutido en América, en proporción exacta de ese grado de

europización que suele llamarse civilización. Es indudable que los indios residentes entre los Andes y las fuentes del Amazonas, no sentirán los resultados de la guerra; probablemente ignoran que ha existido una guerra europea, en el supuesto improbable de que conozcan la existencia de Europa.

Pero en todos los países que han nacido de colonizaciones europeas, desde Alaska hasta el estrecho magallánico, lo que en Europa suceda tendrá un eco, tanto más grande cuanto mayor sea su nivel de civilización. Nuestro destino, ineludible, como decía Sarmiento, es “nivelarnos con Europa”; y la experiencia del último siglo demuestra que allá no ha aparecido un invento mecánico, una ley política, una doctrina filosófica, sin que haya tenido aplicación o resonancia en este continente. Mientras en Europa se desenvuelve la honda revolución social ya iniciada, aquí participaremos de sus inquietudes primero y de sus beneficios después. Inquietudes mientras se subviertan las instituciones existentes para probar otras nuevas; beneficios cuando por simple selección natural se arraiguen las útiles y desaparezcan las nocivas. La experiencia social no pide consejo a los conservadores espantadizos ni presta oído a los optimistas ilusos; en cada lugar y tiempo se realiza todo lo necesario y fracasa todo lo imposible. ¿No sería absurdo cortar las alas, anticipadamente, a los idealistas que pidan lo más? ¿Si sólo consiguieran lo menos, no sería en bien de todos los que anhelan un aumento de Justicia en la humanidad?

Los resultados benéficos de esta gran crisis histórica dependerán en cada pueblo, de la intensidad con que se definan en su conciencia colectiva las aspiraciones maximalistas. Y esa conciencia sólo

puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, pues son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir. ¿Exagerarán sus ideales o sus aspiraciones? Seguramente; ¿no es indispensable que las exageren para compensar el peso muerto que representan los viejos, los rutinarios y los satisfechos?

IX.—¿CÓMO VENDRÁ?

Algunos curiosos desearán, sin duda, saber de qué manera se desenvolverá esta revolución social en que todos somos actores o testigos. La respuesta, naturalmente hipotética, obliga a precisar el término básico de la pregunta. Una revolución social es un largo proceso histórico, compuesto de preparativos, resistencias, crisis, reacciones, después de las cuales se llega a un estado de equilibrio distinto del precedente.

La revolución a que asistimos ha comenzado hace muchos años; la guerra la ha hecho entrar en el período crítico; seguirán muchos impulsos y restauraciones; de todo ello, dentro de uno o veinte años, según los países, resultará un nuevo régimen democrático que oscilará entre los ideales minimalistas enunciados por Wilson y los ideales maximalistas formulados por los revolucionarios rusos.

Si los hombres fueran ilustrados y razonables, sería muy bonito que se pusieran de acuerdo para navegar juntos en favor de la corriente, con buena voluntad y corazón optimista, decididos a ir tan lejos como se pueda, en bien de todos. Esa hipótesis, con ser tan agradable, nos parece la más absurda.

No lo es tanto pensar que algunos gobiernos inteligentes, entre los muchos que se turnarán con frecuencia en cada país, podrán dar saludables golpes de timón y poner la proa hacia el puerto feliz de las aspiraciones legítimas, pensando más en construir el porvenir que en defender el pasado.

Donde eso no ocurra, la transformación se hará irregularmente, por conmociones, como producto de choques, con violencias inevitables y represiones crueles; los excesos de los revolucionarios y de los restauradores determinarán una resultante final, que realizará, aproximadamente, el máximo posible de las aspiraciones que tenga cada pueblo al comenzar la fase crítica de su ciclo revolucionario.

¿Qué hacer, pues, frente a las aspiraciones maximalistas? Depende. Los que tengan anhelo de más Justicia, para ellos o para sus hijos, pueden saludarlas con simpatía; los que no crean que puede beneficiarles, deben recibirlas sin miedo. Eso es lo esencial: ser optimistas y no temer lo inevitable. Cuando llegue, en la medida que deba llegar, sólo causará daños graves a los que pretendan torcer el curso de la historia y a los espantadizos; la rutina hará víctimas, porque es causa de miedo, y el miedo ha engendrado los mayores males de que tiene memoria la humanidad.

El desarrollo de esta revolución no incomodará a quienes la esperen como la cosa más natural, anticipándose a ella, preparándola, como expertos navegantes que ajustan las velas al ritmo del viento, recordando las palabras de Máximo Gorky: "Sólo son hombres los que se atreven a mirar de frente el Sol"...

Noviembre de 1918.

INDICE

INDICE

Págs.

IDEALES VIEJOS E IDEALES NUEVOS

I.—La engañadora poesía del pasado	9
II.—Los ideales de la sociedad feudal	11
III.—La verdad revolucionadora	13
IV.—Los ideales de la sociedad moderna	15
V.—Conflicto de ideales en el siglo XIX	18
VI.—Aspectos del conflicto	20
VII.—La guerra europea	23
VIII.—Nuevas fuerzas morales	25
IX.—Renovación de ideales y de valores	28
X.—Las nuevas aspiraciones	29
XI.—Nuestros hijos	31

SIGNIFICACION HISTORICA DEL MOVIMIENTO MAXIMALISTA

I.—Lo que nadie ignoraba	35
II.—La tesis olvidada	37
III.—Significación moral de la guerra	39

	<u>Págs.</u>
IV.—La revolución rusa	42
V.—Wilsonismo y Maximalismo	45
VI.—La revolución alemana	48
VII.—Las aspiraciones maximalistas	50
VIII.—Expansión en América	52
IX.—¿Cómo vendrá?	54

Impreso en los Talleres Gráficos
:: de L. J. ROSSO y Cia. ::

OBRAS DEL AUTOR:

- La Simulación en la lucha por la vida (11.^a edición, revisada por el autor). 1 vol. de 230 páginas. 1 \$ m|n.
- Simulación de la locura (8.^a edición, revisada por el autor). 1 vol. de 400 páginas 2 " "
- Sociología Argentina (7.^a edición, corregida y muy aumentada). 1 vol. de 470 páginas 2 " "
- Principios de Psicología (5.^a edición, corregida).
1 vol. de 500 páginas (agotada)
- Criminología (6.^a edición, corregida), 1 vol. de 400
páginas (agotada)
- El Hombre Mediocre (5.^a edición: 30^o a 40^o millar) 1 \$ m|n.
- Hacia una moral sin dogmas, 1 vol. de 210 páginas. 1 " "
- Proposiciones, relativas al porvenir de la filosofía.
1 vol. de 160 páginas 1 " "
- La Evolución de las Ideas Argentinas. — Vol. I.
La Revolución, 1 vol. de 560 páginas 4 " "

EN PRENSA

- Principios de Psicología (6.^a edición)
- Criminología (7.^a edición)
- La Evolución de las Ideas Argentinas. — Vol. II.
— La Restauración

PEDIDOS A LA CASA VACCARO
Avenida de Mayo 638 - Buenos Aires